

# LA DIFUSION DE LA LITERATURA INGLESA EN ESPAÑA

por JOSE M. ALBERICH

«Quién mucho abarca, poco aprieta», dice el refrán, y sería absurdo por mi parte pretender cubrir en pocos minutos este vasto campo de la recepción de las letras inglesas en España<sup>1</sup>. Más bien quiero referirme brevemente a las dificultades que presenta dicho tema, en el estado actual de nuestros estudios literarios, y tal vez abogar por un ensanchamiento del campo. Quiero decir que los contactos literarios no adquieren pleno sentido si no se estudian en un contexto histórico más amplio, que sobrepase o rebase al de la literatura de creación; las influencias literarias están determinadas por el clima cultural de una época, y éste a su vez por ciertos condicionamientos políticos y hasta económicos. Ya sé que se debe evitar el peligro de ligar demasiado estrechamente la historia literaria a la historia económica. Todos hemos leído recientemente a algunos críticos españoles que afirmaban, con toda seriedad, que el héroe desaparece de la novela del siglo XX *porque* el empresario individualista del siglo anterior se vé ahora rebasado por los consorcios y los grandes trusts. Llevando este grotesto paralelismo a nuestro campo, podríamos decir que el interés creciente por la literatura comparada se debe al auge de las multinacionales. Todo esto es absurdo; pero no lo es, en cambio, tener en cuenta otros factores de orden económico y social, como, por ejemplo, la evolución

---

1. Disertación leída el 28 de enero de 1994. Se trata de la versión original y más extensa de un trabajo que apareció, traducido al italiano, en *Storia della Civiltà Letteraria Spagnola*, diretta da Franco Merigalli, 2 vols., Turín 1990; II, págs. 1070-79.

de los niveles de analfabetismo o los cambios en la producción y mercado de libros, factores éstos que parece mentira no se hayan tenido hasta hace muy poco en cuenta como puntales en los que debería apoyarse la historia de la literatura; historia que es, al fin y al cabo, historia de la lectura.

Comencemos por reflexionar que la historia de la literatura empieza como disciplina académica en el siglo XIX; antes se estudiaba «retórica y poética», con un fin normativo, no descriptivo. Es decir, la historia literaria comienza a practicarse en la época en que los nacionalismos adquieren un carácter más virulento y exaltado, en la época en que España lucha por su independencia contra Napoleón, en que Italia conquista su unidad y su emancipación del Papado y de Austria, en que Alemania se unifica, por no acordarnos de la formación de numerosas repúblicas en el continente americano. Es decir, la historia de la literatura nace bajo el signo del nacionalismo, y si al principio había eruditos que, como Sismondi o Hallam, abarcan el «Midi de l'Europe» o la Europa entera, pronto se imponen los libros sobre literaturas nacionales, como el de Ticknor<sup>2</sup>. Si los patriotas liberales creen en la soberanía popular, los intelectuales románticos creen en el *Volksgeist*, y lo autóctono, lo nacional escueto y sin impurezas extrañas se convierte en la norma de valor máximo. Así tenemos a los eruditos que admiran a Cristóbal de Castillejo por haber resistido las innovaciones italianizantes de Garcilaso y Boscán, o a los que, como Menéndez Pelayo, explican la decadencia de las letras españolas del siglo XVIII en función de su afrancesamiento<sup>3</sup>. El extranjerismo es pecado; el casticismo, virtud suprema. La llegada del Naturalismo a la escena cultural europea no trae ni mucho menos una visión más racional de las cosas; más bien refuerza el nacionalismo romántico. Ese vago «espíritu» encarnado en cada país se trueca ahora en algo más material y aprehensible, el *milieu*, el paisaje, y ahí tenemos a Taine pontificando sobre el clima de los Países Bajos y su influencia en la pintura o al bueno de Unamuno explicando el «dogmatismo» de Calderón en función de la luz de Castilla y de las sombras duras que arroja.

---

2. Jean C.L. Simonde de Sismondi, *De la littérature du Midi de l'Europe* (1813); Henry Hallam, *Introduction to the Literature of Europe in the XVth, XVIth and XVIIth centuries* (1837-1839); George Ticknor, *History of Spanish Literature* (1849). Como es sabido, esta última es la primera historia verdaderamente general de la literatura española.

3. Véase Hans Juretschke, *España ante Francia* (Madrid, 1940), págs. 71-90.

Si cada nación había de tener su *Volksgeist* idiosincrático, resultaba inevitable el aislar y reforzar ciertas características a expensas de otras, que pasaban a un plano secundario como cosa espúrea o atípica. Así se decretó, por ejemplo, que la característica principal de la literatura española era el realismo, lo cual relegaba al Góngora de las *Soledades* y el *Polifemo* a un limbo de desprecio. Mesonero Romanos, en cambio, creía haber heredado el realismo de Cervantes y de Quevedo, por derecho de español, cuando en realidad su realismo costumbrista venía de Addison y Steele, a través de los franceses Mercier y De Jouy<sup>4</sup>. Y todavía en este siglo, González de Amezúa, al seleccionar «novelas ejemplares» de Cervantes para Clásicos Castellanos, se fija en las más «realistas», como «Rinconete y Cortadillo» o «La ilustre fregona», a expensas de las más «italianizantes» como «El amante liberal» o «La fuerza de la sangre».

Siempre que tropiezo con alguien que es o ha sido profesor de Literatura Comparada en los Estados Unidos, le pregunto que cómo se enseña eso, y mi pregunta se debe, sencillamente, a que, para mí, toda literatura es literatura comparada. Si no se enseña como tal es por nuestra ignorancia o por la dificultad de operar con cuatro o cinco idiomas sobre un mismo grupo de alumnos o de profesores. Si se pudiese contar, en efecto, con un dominio mediano de las grandes lenguas romances, mas el inglés y el alemán, sería perfectamente posible (y no solo posible, sino deseable) dar cursos sobre el Romanticismo o el Simbolismo a través de las fronteras, en vez de empeñarse en sostener esas abstracciones llamadas literatura española, inglesa o francesa, como si fuesen casas paredañas pero incomunicadas. Todos sabemos que literatura española es más bien literatura *en español*, y que la Pardo Bazán, pongamos por caso, debe más a Zola y Maupassant que a Cervantes o Lazarillo. Esta interdependencia se acentúa, es verdad, a partir del siglo XVIII, pero aún antes todas las literaturas europeas han tenido un enraizamiento común tan fuerte en el Cristianismo y en la Antigüedad Clásica que es mucho más exacto hablar de variantes nacionales de este tronco único que de literaturas nacionales propiamente dichas. Las lenguas separan, la cultura une (y no quiero ocuparme ahora del griego y el latín, lenguas supuestamente muertas y que unían a todo el Occidente, precisamente por servir a los dos elementos básicos de su cultura, el Cristianismo y la tra-

---

4. Ver Gioconda Marín, «Apuntaciones sobre la influencia de Addison y Steele en Larra», en *Hispania*, LXIV (1981), págs. 382-87.

dición clásica). Pero no se trata, pongamos por caso, de que la literatura española sea española por el significante y europea por el significado. El problema es mucho más complejo, ya que hay elementos del significado que son claramente nacionales (intencionalmente, muchas obras literarias versan *sobre* España y no otro país), y así mismo hay elementos del significante (tales como las formas literarias, el soneto, por ejemplo) que pueden pasar de un idioma a otro. Esto, tan sencillo, es una cosa que los críticos literarios no hemos entendido hasta hace poco. Los costumbristas, verbigracia, no dudaban de su españolismo a ultranza, ya que pintaban las majezas de los madrileños o los andaluces, pero es que hacían esto siguiendo unas pautas de claro origen francés e inglés<sup>5</sup>. Por el contrario, cuando se trata de cosas pertenecientes a la lengua misma en que se escribe, el poeta no tiene más remedio que recurrir a la tradición nacional: los epítetos de la poesía neoclásica, por ejemplo, provienen de Herrera en su mayor parte, no de Boileau ni de Batteux, naturalmente<sup>6</sup>.

El relativo desprestigio de la literatura comparada se debe a que sus cultivadores han ignorado a menudo estas nociones básicas. Y han pecado por los dos extremos, por exceso de nacionalismo y por exceso de cosmopolitismo. Respecto a lo primero, todos sabemos de un libro sobre Espronceda y Lord Byron en que se exponen, por separado, la vida y milagros de ambos autores, y se concluye que son muy distintos y que no tienen casi nada que ver el uno con el otro. El criterio subyacente es que sería denigrante para un poeta español estar demasiado influido por otro extranjero. Los comparatistas de ingenuidad opuesta ven semejanzas e influencias misteriosas donde no ha podido haberlas por falta de medios de transmisión, es decir, ediciones asequibles en la lengua original o traducciones, contactos personales, etc. Muchos afirman taxativamente, por ejemplo, que el influjo del marqués de Sade en las *Sonatas* de Valle-Inclán fue grande, sin preguntarse siquiera cómo pudo Valle leer a Sade, cuando las ediciones de éste fueron rarísimas, carísimas y clandestinas durante todo el siglo XIX.

Tratar de la recepción de la literatura inglesa en España es una empresa llena de dificultades casi insuperables, comenzando por lo

---

5. Hay una cadena clarísima de imitaciones que va de la colección titulada *Heads of the People or Portraits of the English* (Londres 1840) a *Les Français peints par eux-mêmes* (1840-1842) y a *Los españoles pintados por sí mismos* (1843-1844). Ver Margarita Ucelay da Cal, *Los españoles pintados por sí mismos* (México 1951).

6. Ver Gonzalo Sobejano, *El epíteto en la lírica española* (Madrid 1970).

incompleto de los datos que poseemos sobre las traducciones y su difusión, y continuando con que carecemos de suficientes estudios monográficos, que, o no se han hecho o se han hecho con criterios muy anticuados y superficiales. Por curioso que parezca, una de las obras que más luz arroja sobre el tema es un librito que no trata de literatura, y que se titula *La enseñanza del inglés en España* (1961), de Sofía Martín Gamero. Este librito nos va a servir de guía en los comienzos de nuestra aventura.

Empieza la autora haciendo notar que, hasta bien entrado el siglo XVIII, el inglés era una lengua prácticamente desconocida en los países del continente europeo, y no solamente en España. Todavía en 1665 el *Journal des Savants* decía que la Royal Society de Londres publicaba obras muy interesantes, pero que, como tenía la mala costumbre de sacarlas en inglés, había pocos que las entendiesen. Si esto ocurría en la culta Francia en pleno siglo XVII, imaginemos lo que sería en el siglo XVI y antes. Durante mucho tiempo, los embajadores acreditados en Londres se sirvieron de intérpretes o hablaban latín, francés o italiano. El inglés era simplemente la lengua del pueblo, sin el respaldo de una tradición cultural prestigiosa como la del italiano, y por tanto un idioma que no interesaba a los eruditos ni a los diplomáticos extranjeros. Luis Vives y Erasmo se entendían en latín. Felipe II hablaba francés con su esposa María Tudor. A todos les parecía el inglés un idioma difícilísimo de aprender, sin reglas de ortografía ni pronunciación, y con una sintaxis enrevesada que no se parecía a la latina. Todavía Leandro Fernández de Moratín, a finales del siglo XVIII, la juzgaba una lengua «infernál». Las primeras gramáticas inglesas para extranjeros publicadas en Inglaterra en los siglos XVI y XVII ya revelan el deseo de combatir la opinión difundida en Europa según la cual el inglés es una lengua bárbara, confusa y difícil, y al final de su *Defence of Poesy*, Sir Philip Sidney se cuida de elogiar a la lengua inglesa, «que iguala a cualquier otra lengua en el mundo... para exponer y declarar dulcemente y propiamente el concepto del entendimiento», según la versión castellana de don Juan de Bustamante<sup>7</sup>.

Pero nos estamos anticipando; hay que volver un poco más atrás. En la Edad Media, Inglaterra era para los españoles un país remotísimo y legendario. Mosén Diego de Valera da dos etimologías

---

7. Sofía Martín Gamero, *La enseñanza del inglés en España* (Madrid 1961), págs. 9-11, 30, 41.

fantásticas de los nombres de este país (Gran Bretaña e Inglaterra), según las cuales uno proviene de un Bruto fugitivo de Troya (Brutania) y el otro de una princesa sajona llamada Anglia. Ambas etimologías proceden de la *Historia Regum Britanniae* de Geoffrey of Monmouth (+1154), difundida por Europa en una traducción francesa. En la crónica de Pero Niño se dice que «Angliaterra» significa «tierra de maravillas», por los prodigios que solía haber allí, y esta tradición fabulosa parece llegar por lo menos hasta Cervantes, que presenta a Inglaterra como país lleno de portentos en el *Persiles*.

Lo curioso es que esta imagen parece ser enteramente de origen libresco; pues Inglaterra tenía frecuentes relaciones comerciales y políticas con España, y los españoles podían ver ingleses de carne y hueso en los puertos de la Península, en las grandes ferias como la de Medina del Campo, en las peregrinaciones a Santiago de Compostela, muy nutridas hasta el siglo XIV, o en los ejércitos del Príncipe Negro. No digamos en los muchos enlaces reales que hubo entre ambas casas reinantes. Todo ello no impedía que el país de donde procedían estos señores siguiese siendo un país fabuloso, y los ingleses mismos seres más quiméricos que reales<sup>8</sup>. El peso del mito era mucho mayor que el del testimonio de los sentidos, y sigue siéndolo en nuestros tiempos. Si para el castellano del siglo XV un inglés era sobre todo el legendario Don Duardos del ciclo artúrico, para los ingleses que hoy día van todos los veranos a Torremolinos, el español sigue siendo igualmente un ser mítico, un latino apasionado, cruel, tocador de guitarras, etc.

Aparte de la materia narrativa llamada del ciclo bretón, concerniente al rey Arturo y su corte, y que tal vez se originase en Bretaña misma y no en el Occidente de Inglaterra, lo que este país aporta a la cultura española medieval es poquísimo y consiste exclusivamente de cuatro obras: a) A principios del siglo XV se tradujo al castellano, del original latino escrito por el monje cisterciense Odo de Cheriton, que murió en 1247, el *Libro de los gatos*, que es una colección de 79 apólogos. b) También se traduce el *Speculum Laicorum*, obra de moral ascética atribuida a John Hoveden, bajo el título de *Espéculo de los legos*, que se escribe hacia 1455. c) La primera obra verdaderamente inglesa que se vierte al español es la colección en verso de historias amorosas llamada *Confessio Amantis*, de John Gower (+1408), pero que no se vierte directamente del inglés, sino de una redacción portu-

8. *Ibid.*, págs. 13-16.

guesa atribuída a un inglés, Roberto Payn, del séquito de Felipa de Lancaster. d) Finalmente, los viajes fabulosos de Sir John Mandeville, traducidos ya en el siglo XV<sup>9</sup>.

Lo sorprendente es que en los siglos XVI y XVII, a pesar de la invención y difusión de la imprenta, a pesar del intenso intercambio literario que se experimenta en casi todos los países europeos, las traducciones del inglés siguen siendo escasísimas. Mas de dos mil libros españoles se traducen al francés<sup>10</sup> antes de 1600 y la Inglaterra del siglo XVII ve ciertamente traducidas las obras cumbres de la literatura española, desde la *Celestina* a las obras de Quevedo, pero las versiones de obras inglesas al español son poquísimas, y algunas permanecen inéditas, como la ya citada *Defence of Poesy* de Sir Philip Sidney. Otras están hechas del latín, como la de la *Utopia* de Thomas More por Gerónimo Antonio de Medinilla, o la censura de Erasmo por Edward Lee. A esto hay que añadir la *Vida de María Estuardo* del dominico George Conn (vertida por Lope de Vega bajo el título de *La corona trágica*), la *Historia de los amantes Argenis y Poliarco*, de John Barclay (1582-1621), y algunos epigramas latinos de John Owen (1560?-1622?), el Marcial inglés<sup>11</sup>. Poquísimos.

Martín Gamero considera esto «un curioso fenómeno cultural»: «España se desentiende de las actividades artísticas, literarias y lingüísticas de la Gran Bretaña, mientras que Inglaterra se interesa vivamente por la cultura de la Península, imita, lee, traduce, edita, estudia castellano»<sup>12</sup>. Creo que este desequilibrio no resulta tan inexplicable si tenemos en cuenta que la proyección cultural de un país suele ir a la zaga de su importancia político-militar. La difusión del francés en el siglo XVIII se debió en mucho a la política agresiva de Luis XIV y al poderío militar de Francia. En el siglo XVI, la superpotencia era España, y no era fácil que los españoles se interesasen

9. *Ibid.*, págs. 20-22. Las maravillas y extravagancias de Mandeville (hechas visibles en numerosos grabados) pasaron al *Jardín de flores curiosas* de Antonio de Torquemada, «a quien se deben atribuir algunos de los prodigios y aberraciones que se leen en el *Persiles y Sigismunda* de Cervantes» (W.J. Entwistle, «The Spanish Mandevilles», en *Modern Language Review*, XVII [1922], págs. 251-57).

10. Según datos recogidos para su tesis doctoral inacabada por nuestra ex-alumna Mrs. María Clark, actualmente en la Universidad de Oxford.

11. Martín Gamero, *Ob. cit.*, págs. 115-18. Según R.O. Jones («Some notes on More's *Utopia*», en *Modern Language Review*, XLV [1950], págs. 478-82) la difusión de la *Utopia* fue máxima y más influyente entre los erasmistas españoles. Cuando se tradujo, en cambio, en 1637, prologada por Quevedo, se vió sobre todo en el libro de More un ataque contra la política de los Tudor, cosa que no era.

12. Martín Gamero, *Ob. cit.*, pág. 25.

por los escritos de entonces oscuros ingleses, a no ser que estuviesen relacionados con un astro intelectual como Erasmo o con un nombre destacado en la defensa del catolicismo, como el de Thomas More. La sospecha de herejía, por otro lado, haría cada vez más inasequibles los libros que se escribían al norte del Canal de la Mancha.

Me parece necesario insistir en que este desconocimiento de las cosas inglesas por parte de los españoles no se debía tanto a ignorancia de la lengua como a falta de estímulos, falta de motivaciones culturales. Los españoles aprendían inglés cuando no tenían más remedio. Catalina de Aragón llegó a escribir su lengua adoptiva con corrección. Los varios miles de mercaderes españoles residentes en Londres antes de Isabel I tenían que hablar inglés más o menos bien. El conde de Gondomar sabía inclinar a su favor al débil Jacobo I y llegó a formar una buena colección de libros ingleses, que incluía un First Folio de Shakespeare. La infanta María, hermana de Felipe IV, empezó a estudiar inglés cuando se proyectó casarla con el Príncipe de Gales, pero dejó el aprendizaje tan pronto como se deshizo el compromiso<sup>13</sup>. Es decir, la utilidad y el incentivo a escala mundial eran muy limitados: solo existían en circunstancias muy concretas. Esto, a mi ver, explica la ausencia de traducciones.

Cuando por fin la lengua y los libros ingleses comienzan a adquirir prestigio en la Península en el siglo XVIII, ello se debe sobre todo a que Inglaterra empieza a destacar en el terreno del pensamiento y la investigación científica, de los descubrimientos técnicos, de la navegación y exploración geográfica, etc. No es Shakespeare el que llama la atención, pues sigue prácticamente ignorado hasta el Romanticismo, sino Newton. La fama de la Royal Society de Londres como academia científica se adelanta a la de cualquier obra literaria, y en ella llegó a haber doce socios españoles, entre ellos el marino Jorge Juan y el naturalista Casimiro Gómez Ortega<sup>14</sup>. Es decir, el espíritu de la Ilustración, básicamente internacionalista y opuesto al chauvinismo, busca la hermandad de los científicos por encima de todas las divisiones políticas o religiosas. Uno de los anglófilos más acérrimos de esta época es José Cadalso, hijo de una familia comerciante gaditana que tenía contactos mercantiles con Inglaterra y militar que muere en el gran sitio de Gibraltar. Cadalso decía que el objetivo del saber consiste

13. *Ibid.*, págs. 27, 34-55, 102, 112.

14. N. Glendinning, *Influencia de la literatura inglesa en España en el s. XVIII*, Cuadernos de la Catedra Feijóo, nº 20, Oviedo 1968, pág. 25.



en «hacerse los hombres más sociables comunicándose mutuamente las producciones de sus entendimientos, y unirse, digámoslo así, a pesar de los mares y las distancias»<sup>15</sup>. En este ambiente de apertura, aunque dominen la cultura y la lengua francesas, Inglaterra va adquiriendo un prestigio creciente, y no solamente en el terreno de la técnica ni de la ciencia. Permítaseme que cite aquí unas palabras proféticas del buen dominico irlandés P. Tomas Connelly, autor de una gramática inglesa para españoles y de un excelente diccionario de las dos lenguas, compilado por encargo de Carlos IV. Fijémonos en que el buen Connelly, a pesar de ser católico e irlandés, escribe lleno de orgullo: «La abundancia y variedad de escritos que ha producido la lengua inglesa *en siglo y medio* es increíble. Hay en este idioma diccionarios perfectísimos y particulares, universales, etimológicos y críticos de todas las artes y ciencias... obras de geografía, historias de todas las naciones, obras de medicina,... libros de política, comercio y economía; están en inglés todos los autores clásicos griegos y latinos traducidos y explicados magistralmente; hay en esta lengua una multitud grande de autores elegantes, así en verso como en prosa». Añade que el inglés es lengua importante para los comerciantes de todos los países, y que es el idioma de los nuevos Estados Unidos de América, «de suerte que promete ser la lengua universal de trato y comunicación de nación a nación»<sup>16</sup>. Buena profecía, a casi doscientos años de distancia.

El prestigio científico y económico de Inglaterra trae de la mano la boga de algunos escritores de la época o anteriores, sobre todo poetas: Milton, Pope, Young, Gray, Thomson y Macpherson con su falso Ossian en las postrimerías del siglo. Entre los novelistas, sobre todo Richardson<sup>17</sup>, y entre los ensayistas, Addison y Steele, influyentes en el periodismo. El preceptista Hugh Blair ejerce un fuerte atractivo, en competencia con Batteux. Creo que las razones de tal selección, para nosotros curiosa, están en el gusto neoclásico de la época, que supervalora la poesía, y sobre todo la épica, sobre otros géneros (de ahí el prestigio de Milton y Pope). Shakespeare sigue siendo demasiado «bárbaro y sanguinario», como le llamó Moratín. La novela es todavía un género inferior moralmente sospechoso, a menos que

15. *Ibid.*, pág. 52.

16. Cit. por Martín Gamero, pág. 168.

17. Se tradujo también a Fielding y el *Gulliver* de Swift. Otros novelistas famosos como Defoe y Goldsmith tuvieron que esperar hasta bien entrado el siglo XIX. Véase J.F. Montesinos, *Introducción a una historia de la novela en España en el siglo XIX*, (Madrid 1966), *passim*.

pretenda ejemplarizar con un sentimentalismo muy del tiempo y con la virtud recompensada, como en las de Richardson. Estos escritores ilustrados como Cadalso, Iriarte, Jovellanos, Meléndez Valdés, aprecian sobre todo la poesía filosófica, reflexiva y «utilitaria», de ahí el gran ascendiente que tenían entre ellos el *Essay on Man* y el *Essay on Criticism*, de Pope, así como *The Seasons*, de James Thomson, el hermoso poema que inspiró a Haydn y en el que Meléndez Valdés estudiaba la lengua inglesa. Russell P. Sebold ve en los poemas de Pope el principal medio de difusión del sensualismo de Locke, cuyo *Essay on Human Understanding* constituye la pieza clave del concepto ilustrado de lo natural, tanto en el arte como en la política. Young, Gray y Thomson difunden el gusto por la poesía descriptiva de la naturaleza, que es al mismo tiempo expresiva de una sensibilidad humanitaria, así como de un sensualismo solipsista que llevará luego al *mal du siècle* romántico<sup>18</sup>.

Ahora bien, este primer impacto de la literatura inglesa sobre la española se realiza de forma muy minoritaria, a través de las tertulias de ilustrados, como la de Olavide en Sevilla, a la que asiste Jovellanos, quien luego transmite sus aficiones a sus amigos de Madrid y Salamanca. Pero no hay que olvidar un hecho básico que rara vez tienen en cuenta los «comparatistas» tradicionales, y es que el inglés sigue siendo una lengua casi desconocida en España, y lo seguirá siendo, si bien en menor grado, durante otro siglo y pico. En el siglo XVIII, el inglés solo se enseña a la clase comerciante de Cádiz y en algunos, muy pocos, seminarios de nobles, así como en la Academia de Artillería de Segovia<sup>19</sup>. La escasez de maestros es tal que cuando Jovellanos quiere dotar a su Real Instituto Asturiano de una cátedra de inglés, tiene que nombrar a un francés, Juan Lesparadat, porque no encuentra un nativo<sup>20</sup>. Hasta la segunda mitad del siglo XVIII no se publicaron en España un sólo diccionario o gramática ingleses. El iniciador de la moda de Pope, Pablo de Olavide, leyó el *Essay on Man* en una traducción francesa, y aunque Caldaso, Jovellanos y hasta cierto punto Meléndez Valdés sabían inglés, algunos hispanistas franceses

---

18. Russell P. Sebold, *Cadalso, el primer romántico europeo de España* (Madrid 1974), págs. 94-107. Habría que mencionar otros nombres, como los del historiador William Robertson y sobre todo el de Adam Smith, cuyo *The Wealth of Nations* tuvo considerable influjo a través de Jovellanos y su círculo. Ver J.H.R. Polt, *Jovellanos and His English Sources*, Transactions of the American Philosophical Society, Filadelfia 1964.

19. Ver N. Glendinning, *Ob. cit.*, pág. 31.

20. S. Martín Gamero, *Ob. cit.*, pág. 149.

creen que esta influencia poética a que hemos aludido se verificó sobre todo a través de traducciones francesas<sup>21</sup>. Esta situación se prolonga durante todo el siglo XIX y hasta bien entrado el XX: los españoles de cada generación que saben suficiente inglés para poder leer obras literarias casi se pueden contar con los dedos de la mano, y suelen ser los exiliados políticos que como Alcalá Galiano, Espronceda o el duque de Rivas, han tenido que vivir algún tiempo entre ingleses. Las traducciones al español de obras inglesas se hacían casi invariablemente a través del francés: esto ocurre con las tres grandes influencias inglesas que inciden en el romanticismo español: Ossian, la poesía de Lord Byron y la novela de Walter Scott. Las tres vienen atravesando Francia<sup>22</sup>. Las primeras representaciones shakespearianas que ve España son del *Otelo* arreglado por Ducis; en el Madrid de Espronceda y Larra se aplaude *Los hijos de Eduardo*, de Casimir Delavigne, y si en el Ateneo se ensarza una polémica sobre esta obra y el *Richard III* de Shakespeare, en que se basa, es para que muchos concluyan que la obra francesa es superior a la inglesa<sup>23</sup>. Según el concienzudo estudio del tema Alfonso Par, en España no habrá verdaderas representaciones shakespearianas hasta la década de 1860, y éstas se debieron a la compañía italiana de Ernesto Rossi<sup>24</sup>. De vez en cuando se rumoreaba que algún escritor sabía idiomas raros, como el alemán o el inglés, pero siempre resultaba que lo que sabía era francés; eso es lo que ocurrió con Tamayo y Baus, quien se creía había vertido a Schiller del original, aunque en realidad lo había traducido del francés<sup>25</sup>; o con Galdós, de quien se afirmaba que sabía inglés y que leía a Dickens en su idioma, gracias a una mítica asistencia en su niñez a un colegio inglés que nunca existió. Luego resultó que su traducción del *Pickwick* estaba hecha de una edición francesa, y que leía las demás novelas de

---

21. Muy significativo a este respecto es el caso de Cadalso, quien, aunque había visitado Inglaterra de joven y estaba familiarizado con la lengua inglesa, tiene muy en cuenta la traducción francesa de los *Night Thoughts* de Young por Le Tourneur cuando redacta sus *Noches lúgubres*. Ver D.E. Schuriknight, «En busca de los orígenes del romanticismo en España», en *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, LVIII (1982), págs. 237-61.

22. Hasta el punto de que los poemas largos de Byron entran en España, traducidos del francés, ¡como novelas! Durante el reinado de Fernando VII las novelas de Walter Scott no sólo se traducen del francés, sino que se imprimen en Francia, en español, y se envían a la Península de contrabando. Ver J.F. Montesinos, *Ob. cit.*, págs. 62-63 y 65-66.

23. V. Lloréns, *El romanticismo español* (Madrid 1979), pág. 81.

24. Alfonso Par, *Representaciones shakespearianas en España*, 2 vols., Madrid-Barcelona 1936-1940, II, pág. 114.

25. E. Schwarz, «M. Tamayo y Baus and Schiller», en *Comparative Literature*, XIII (1961), págs. 123-37.

su narrador favorito también en traducciones francesas<sup>26</sup>. Lo mismo hacía Baroja, otro gran anglófilo y admirador de Dickens. Aun a principios de nuestro siglo, los escritores como Benavente o María Martínez Sierra que traducían directamente del inglés estaban rodeados de una aura de veneración y asombro, reveladora de que el fenómeno no era corriente.

Ahora bien, este es un hecho de enorme importancia en que no se ha reparado lo suficiente, pues, en el peor de los casos, como son las adaptaciones francesas de Shakespeare, significa que lo que influye en España no es realmente Shakespeare, sino una traducción de origen shakespearino profundamente modificada por la sensibilidad francesa; y en el mejor de los casos, cuando se trata de traducciones razonablemente fieles, ello quiere decir que la *selección* de los escritores ingleses y sus obras está hecha en Francia, no en España. Francia fue, no España, la que levantó a Ossian, a Byron y a Walter Scott sobre el pavés romántico. Los españoles nos limitamos a tragarnos esa moda impuesta allende el Pirineo. España deviene, culturalmente, una especie de corral trasero de Francia, incluso para lo que no es francés, y esta dependencia es algo que han silenciado o han tratado de esquivar en su debida importancia muchos historiadores de la literatura española y muchos comparatistas, sin duda por mal entendido patriotismo.

Los románticos españoles ignoran a poetas ingleses como Blake, Coleridge y Shelley y se quedan únicamente con Byron, pero sería erróneo buscar en España las razones de esta discriminación, pues la selección viene ya hecha de Francia y es allí donde hay que explicársela. Era imposible que la mayoría de los españoles, sin saber inglés, tuviesen acceso a ellos. Algún que otro español de la época, como Antonio Alcalá Galiano, que pasó tiempo en Inglaterra, sí llegó a apreciar a estos poetas, e incluso a entender el Romanticismo más a la inglesa que a la española o francesa, es decir, como una evolución de actitudes artísticas e intelectuales más que una revolución opuesta al *Establishment* neoclásico. También se debe añadir que Blake, Shelley y Wordsworth fueron leídos, anotados y asimilados por dos escritores españoles al menos, Unamuno y Juan Ramón Jiménez, pero a la distancia de un siglo aproximadamente<sup>27</sup>. Y sin embargo, estas

26. W.T. Pattison, «How well did Galdos know English?», en *Symposium*, XXIV (1970), págs. 148-57.

27. Véase Peter G. Earle, *Unamuno and English Literature* (New York 1960); Howard T. Young, *The Line in the Margin: J.R. Jiménez and His Readings in Blake, Shelley and Yeats*, Madison 1980.

resurrecciones o descubrimientos tardíos son reveladores y deben tenerse en cuenta al trazar la historia de la literatura, pues indican que, a través del tiempo, hay afinidades espirituales más profundas que las modas o las vanguardias.

Hay también que considerar la otra cara de la moneda, es decir, la realidad de estas influencias, estén o no tamizadas por traducciones. Las ideas, o incluso las imágenes poéticas, son más resistentes de lo que parece, y pueden aguantar varios trasvases de un idioma a otro. Tal es el caso, por ejemplo, de la enorme popularidad alcanzada en todo el mundo occidental por James Macpherson con su superchería ossianesca. Sabido es que estos supuestos fragmentos épicos del siglo III entusiasmaron a Byron, Klopstock, Herder, Goethe, Schiller, Leopardi, Chateaubriand, Lamartine, Thoreau, Longfellow y hasta a Walt Whitman, ya casi en nuestros tiempos. También gozaron de gran fortuna en Hispanoamérica. En España, la primera traducción ossiánica se hizo directamente del inglés, cosa rara, y muy temprana, en 1788, por un tal José Alonso Ortiz. Más conocido fue el *Fingal y Temora* del P. Montegón, traducido del italiano de Cesarotti. Pero la gran boga vino con el Romanticismo. El género ossiánico fue cultivado de una forma u otra (traducciones, adaptaciones, imitaciones) por el abate Marchena, Meléndez Valdés, Mor de Fuentes, Cienfuegos, el duque de Frías, Espronceda, Juan Nicasio Gallego, el duque de Rivas, Cristóbal de Beña, el marqués de Molins, Nicomedes Pastor Díaz, Romero Larrañaga. La influencia de Ossian llegó a Bécquer en sus poemas juveniles, al gallego Eduardo Pondal, que se sentía bardo de su pueblo y saqueaba a Macpherson para crearse una mitología celta de su propio uso, y hasta Baroja, que recuerda en *Las inquietudes de Shanti Andía* la emoción que le producía de niño la invocación al planeta Venus de los *Cantos de Selma*. No hay que olvidar que el ossianismo llegó a tener su versión completamente popular, con canciones francesas como «Les Adieux d'Oscar à Malvina», y que el duque de Rivas bautizó a una de sus hijas con el nombre de Malvina. Los españoles de ese tiempo lo entendían todo *sub specie theatri*, y a la moda ossiánica contribuyó grandemente una pieza, la tragedia de Antoine-Vincent Arnault *Oscar, hijo de Ossian*, que traducida por Nicasio Gallego fue representada por Máiquez en Madrid durante la ocupación francesa, y luego otras muchas veces. Ventura de la Vega y Carlos Latorre hicieron papeles en ella<sup>28</sup>.

28. Ver Isidoro Montiel, *Ossian en España*, Barcelona 1974.

El descubrimiento de la falsificación de Macpherson no perjudicó en absoluto a la popularidad de esta farragosa colección, hoy para nosotros ilegible. Esas inacabables guerras nórdicas entreveradas de románticos amoríos en un paisaje brumoso hicieron durante décadas y décadas las delicias de nuestros abuelos, que veían allí una alternativa a la mitología clásica, por un lado, y un escape poético hacia un mundo exótico para el europeo del sur. Es lo que sugiere José Joaquín de Mora al burlarse de la moda ossianesca en un artículo juvenil: «Continuamente vemos las rocas de Morvén, las cuatro piedras de un sepulcro, los pálidos rayos de la luna, el lago inmóvil; sin cesar nos aturden los vientos del Norte, el soplo del invierno, el torrente, las olas y los ladridos de los perros negros, no se ven más que nubes oscuras, nubes negras, nubes flotantes, y vuelta a las nubes en que habitan las sombras de los héroes»<sup>29</sup>.

El exotismo es reversible, y lo mismo que los autores ingleses de novelas góticas buscaban sus fantasmas en castillos del sur de Italia o de España, los meridionales trataban de olvidar los 40 grados de Madrid imaginándose las nieblas y nieves de Escocia o de las Hébridas.

Otra moda que fue algo más que una moda fue la de Byron, banderín de la rebeldía romántica, seguido por Espronceda y otros vates menores, citado sin cesar en las revistas literarias de los 1830s y 1840s, pero nunca olvidado, pues a finales del siglo encontramos a Emilio Castelar escribiendo su vida (1873), a José Alcalá Galiano traduciendo *Manfred* en verso castellano (1861) y a Gaspar Núñez de Arce atribuyéndole una «Última lamentación». Que yo sepa, a pesar de los estudios de Churchman sobre el byronismo de Espronceda<sup>30</sup>, no se ha investigado nunca a fondo el atractivo que ejerció ese tumultuoso espíritu sobre los españoles de *todo* el siglo XIX. Lo mismo se puede decir de la otra moda inglesa impuesta por Francia, la de Walter Scott, padre, según Lukacks, de la ficción europea moderna. Se sabe que sus novelas históricas fueron leídas y imitadas, sin mucho talento, por algunos escritores nuestros; pero se supone que su influencia se limitó a ese género de la ficción histórica, cuando en realidad hay indicios de que llegó mucho más lejos. Walter Scott fue uno de los maestros de Galdós (como ha mostrado Walter Pattison con res-

29. *Ibid.*, pág. 163.

30. Philip H. Churchman, «Byron and Espronceda», en *Révue Hispanique*, XX (1909), págs. 5-210.

pecto a *Gloria*<sup>31</sup>) y admiradísimo por Baroja, que recuerda con insistencia algunos de sus personajes, sobre todo femeninos.

En una visión panorámica del siglo XIX español no se debe olvidar el descubrimiento de Shakespeare, aunque esta vez sí tenemos un estudio concienzudo del tema en la obra monumental, si bien poco conocida, de Alfonso Par<sup>32</sup>. Aunque el siglo XIX no produjo en España grandes dramaturgos que aprovecharan las enseñanzas de Shakespeare (tampoco los produjo en Inglaterra), la historia de la recepción de la obra shakespeariana en nuestra patria es apasionante e instructiva, comenzando por los tímidos intentos de Moratín y Ramón de la Cruz, el fracaso de García de Villalta, el éxito de las adaptaciones francesas, etc., etc. También en este capítulo hay que contar con la intervención decisiva de nuestros vecinos, pues si alguno de éstos le metía la tijera osadamente al cisne del Avon, fue otro francés, F. Michel, quien con su traducción de las obras completas del dramaturgo (1842) dió a conocer el verdadero Shakespeare a los españoles. La literatura crítica que se produce en España en esos años sobre el escritor inglés es prueba de que, aunque no se le imite, se le conoce y aprecia cada vez mejor. *Un drama nuevo*, de Tamayo, donde Shakespeare aparece como personaje, es testimonio de que el nombre del bardo suscitaba general admiración y era sinónimo de conocimiento profundo del corazón humano. Sin esta tradición shakespeariana decimonónica no habrían podido Unamuno ni Baroja disfrutar de ese «jardín maravilloso en el que hay de todo», como lo define el último<sup>33</sup>. Y este capítulo de Shakespeare en el siglo XX español sí está todavía por escribir.

En todo ensayo sobre la recepción de las letras inglesas en España deberían figurar dos ingleses algo extraños al campo de la literatura, pero cuyo impacto en la Península no se puede ignorar. Me refiero a Jeremy Bentham y a Charles Darwin. El primero ejerció gran fascinación sobre los liberales españoles e hispanoamericanos, que le escribían a menudo para consultarle sobre asuntos penales, constitucio-

---

31. Y en otros muchos aspectos de su novelística, como sugiere S. Gilman, *Galdós and the Art of the European Novel*, Princeton University Press, 1981, passim.

32. Alfonso Par, *Shakespeare en la literatura española*, 2 vols., Madrid-Barcelona 1935 y la ya citada *Representaciones shakespearianas...*

33. Véanse, respectivamente, «El papel de Shakespeare en *Un drama nuevo* de Tamayo», en J. Alberich, *La popularidad de Don Juan Tenorio* (Barcelona 1982), págs. 25-50; «Baroja frente a Shakespeare», en J. Alberich, *Los ingleses y otros temas de Pío Baroja* (Madrid 1966), págs. 161-71 y la obra ya citada de P.G. Earle (ver nota 27).

nales o fiscales. Su influencia fue máxima durante el trienio liberal, y, curiosamente, es un ejemplo más de mediatización francesa, pues se ejerció a través de la traducción de los *Traité de Législation civile et pénale* hecha por el ginebrino Etienne Dumont<sup>34</sup>. Hasta Borrow se dió cuenta de que en muchos pueblitos remotos de España había un abogado o un alcalde benthamita, lo mismo que en la segunda mitad del siglo habría un médico o boticario darwinista, pero la influencia de Darwin fue incomparablemente mayor que la de Bentham, y mucho más duradera. El tema es inmenso, constituyendo uno de los capítulos más importantes de la historia intelectual de Occidente. Baste apuntar aquí que las traducciones de Darwin al español comenzaron en la década de los 70, con sólo 15 años de retraso respecto a Alemania y Francia (y digo sólo 15 años porque hay que compararlo con el caso de Shakespeare o de otros escritores, en que el retraso era cosa de medio siglo o más), pero la difusión de sus doctrinas comienza ya en la década anterior, siendo uno de sus pioneros el abuelo de los hermanos Machado, don Antonio Machado y Núñez, catedrático de Historia Natural en la Universidad de Sevilla<sup>35</sup>. Los reflejos del darwinismo son obvios, pero todavía poco estudiados, en la novela naturalista y en la «poesía de la duda», tan puesta de moda por Núñez de Arce y Bartrina, quienes también están emparentados más directamente con los «honest doubters» victorianos (el culpable es el mismo Darwin), como Tennyson y Browning. Herbert Spencer, el filósofo que eleva el transformismo al rango de sistema filosófico, pronto tuvo gran prestigio en España, y todas sus obras fueron traducidas, algunas de ellas editadas numerosas veces y en tiradas grandes. Las ramificaciones del darwinismo no siempre favorecieron los procesos democratizadores, pues si bien por un lado se le utilizaba como instrumento de lucha anticlerical, por otro lado contribuyó a formar una nueva ideología materialista pero reaccionaria, la que se llamó «darwinismo social» y que erigía el principio del «survival of the fittest» en axioma político.

En este punto se hace indispensable mencionar, aunque brevísimamente, el impacto que algunos escritores norteamericanos tuvieron en España durante el siglo XIX y después. Washington Irving, con sus *Cuentos de la Alhambra*, muy pronto traducidos<sup>36</sup>,

34. Ver Pedro Schwarz, «The influence of Jeremy Bentham in Spain, Portugal and Latin America», en *Iberian Studies*, IV (1975), págs. 3-8.

35. Véase la antología de Diego Núñez, *El darwinismo en España*, Madrid 1977.

36. Ver A. Gallego Morell, «The Alhambra de Washington Irving y sus traducciones españolas», en *Revista Hispánica Moderna*, XXVI (1960), págs. 136-42.



contribuyó grandemente el orientalismo romántico de que se hicieron eco poetas tan populares como Arolas y Zorrilla, mientras Fenimore Cooper había iniciado la novela de aventuras exóticas, también muy del gusto romántico. De la influencia de Longfellow y Melville no se sabe mucho, aunque tuvo que existir, pero en cambio Edgar Allan Poe, con sus misteriosos cuentos, fascinó a los post-románticos españoles, desde Alarcón, que le imitó en sus *Narraciones inverosímiles*, hasta Pío Baroja, pasando por Vicente Barrantes, Ros de Olano, Rosalía de Castro y el mismo Bécquer de las *Leyendas*. Su poesía, en cambio, tardó en difundirse, y cuando lo hizo, ya en nuestro siglo, fue sobre todo por mediación de algunos modernistas hispanoamericanos que le habían traducido<sup>37</sup>.

Al entrar en el siglo XX tenemos que adoptar otros criterios y otras orientaciones, pues hasta ahora hemos estado hablando de fenómenos minoritarios. La lectura era un privilegio de minorías. En los últimos 30 años del siglo pasado, sin embargo, la sociedad española cambia profundamente, y entramos en el 1900 con fenómenos masivos que antes no existían, tales como la emigración del campo a las ciudades y de ciertas zonas a otras, como Cataluña, la industrialización de algunas regiones, la formación y crecimiento de los movimientos obreros. El analfabetismo disminuye y la producción editorial crece espectacularmente y seguirá creciendo sin pausa hasta la guerra civil<sup>38</sup>. Creo que el aumento en la producción de libros no se debe sólo a factores económicos y sociales, sino también a algo que se ha tenido poco en cuenta y que es la politización del país, la aparición de una combatividad y una virulencia políticas que no existían antes. Los movimientos obreros, sobre todo el socialismo, la radicalización de los partidos antes poco efectivos, como el republicano, todo esto favorece la producción de libros, porque los militantes de estos grupos quieren combatir a los poderes establecidos por todos los medios, y uno de ellos es la formación a largo plazo de lo que entonces se llama el «obrero consciente». El que España se convirtiera en el mejor mercado de las traducciones de Zola a partir de 1880 no me parece se debe exclusivamente a razones literarias. Uno de los episodios interesantes de la difusión del darwinismo en nuestro país es la acogida que tuvo por parte de las progresistas más radicales la obra de John William

37. Ver John E. Englekirk, *Edgar Allan Poe in Hispanic Literature*, New York 1972 [1934].

38. Para este período resulta indispensable el bien documentado estudio de L. Fernández Cifuentes, *Teoría y mercado de la novela en España*, Madrid 1982.

Draper sobre los *Conflictos entre la religión y la ciencia* (1874), que se tradujo dos años después de su aparición y se reeditó en 1885, 1886 y 1888. A principios de este siglo la lanzaron Sempere y Maucci en amplias tiradas populares a una peseta. Contra esta clase de intentos de minar la fé religiosa de las masas en nombre del progreso científico escribió Unamuno su novela *Amor y pedagogía* (1902). Blasco Ibáñez se arrogaba un papel subversivo no solamente como periodista y escritor, sino también como dueño de la editorial Prometeo, dedicada a la producción de grandes tiradas de libros en rústica y baratos. Ahora bien, una vez lanzados a la producción masiva, los editores de izquierdas no se limitaron a imprimir obras propagandísticas, sino de todas clases. Prometeo publicó en traducción las obras principales de Shakespeare, y había una colección amarilla, creo que de Calleja, de libros baratísimos que se proponían popularizar las obras maestras de la literatura universal, desde la *Iliada* en adelante. La cultura estaba asociada con el progresismo político. Los carcas, los reaccionarios, eran los que querían limitar el acceso a la lectura con libros como el del P. Ladrón de Guevara (*Novelistas malos y buenos*).

Creo que ésta es la primera vez que en España se produce, desde el punto de vista del lector, un *embarras de richesse* respecto a las traducciones de obras extranjeras<sup>39</sup>. Sin que se pueda decir que esté traducido todo lo que uno desea, no cabe duda de que se puede elegir según los gustos y tendencias individuales. El lector de la era fernandina tenía que conformarse con Walter Scott, Chateaubriand y poco más. El de ahora tiene por primera vez un vasto repertorio en que escoger. Los escritores que saben inglés, como Unamuno, están apremiados y solicitados para traducir obras tan dispares como los *Principios de sociología* de Herbert Spencer o la *Revolución francesa* de Carlyle. Rafael Cansinos Assens se puede ganar la vida traduciendo de cinco o seis idiomas. Pero esta misma abundancia hace el panorama más confuso y más difícil distinguir tendencias o corrientes específicas. La importación de libros extranjeros también ha crecido considerablemente. Cada uno lee lo que quiere. Entre los modernistas se pone de moda Oscar Wilde, pero Unamuno prefiere leer a oscuros teólogos victorianos y a sus poetas ingleses intraducidos e intraducibles (Wordsworth, Blake, Shelley, Browning, muchos otros).

39. En 1925, Ballesteros de Martos calculó que las traducciones de obras extranjeras llegaban a constituir un 80 % del mercado literario español, incluido el teatro. Ver L. Fernández Cifuentes, *Ob. cit.*, pág. 285.

Baroja lee asiduamente a Dickens en francés, y a novelistas de aventuras como Rider Haggard, Mayne Reid y Conan Doyle, pero también a Walter Scott, Fielding, Defoe. Juan Ramón Jiménez prefiere sus lecturas de Blake, Shelley y Yeats, y emprende, con la ayuda de su mujer Zenobia Camprubí, la traducción de algunos poemas de estos autores y del anglo-indio Rabindranath Tagore.

Los dos grandes anglófilos, sin embargo, de la Generación del 98 son Unamuno y Baroja, y su anglofilia hay que ponerla en el contexto de un episodio intelectual que tiene lugar en los últimos años del siglo XIX y que Lily Litvak ha documentado muy bien en su libro *Latinos y anglosajones* (Barcelona, 1980), aunque sin ocuparse, por raro que parezca, ni de estos dos autores ni de Maeztu). Se trata de la polémica que entonces se desarrolla entre los intelectuales de toda Europa respecto a la supuesta inferioridad de las razas mediterráneas o latinas en relación con los pueblos germánicos y anglosajones del Norte de Europa. Estos pueblos nórdicos parecen haber aventajado a los latinos no sólo por su superioridad científica y técnica y por su eficiencia económica, sino también en lo artístico: ahí estaban la música de Wagner, el teatro de Ibsen y la literatura simbolista de los belgas flamencos Maeterlinck y Verhaeren, modas artísticas que dominaban la Europa finisecular. En lo militar, la derrota de Francia en Sedan, la de Italia en Adua y la de España en Santiago de Cuba parecían dar la razón a los que creían que los países latinos habían entrado en irremediable decadencia.

Al pangermanismo, basado en teorías de superioridad racial como las de Gobineau y Chamberlain, respondieron los pueblos del sur con un exacerbamiento de su «latinidad», de su conciencia de herederos de Roma, viento que hinchó las velas de escritores nietzscheanos como D'Annunzio, es decir, latinos que volvieron del revés el complejo de superioridad de los germánicos para aplicárselo a ellos mismos. Pero el latinismo se asoció a veces con el regionalismo y el federalismo, como ocurrió en Provenza y en Cataluña, donde Federico Mistral y Víctor Balaguer se convirtieron en la doble cabeza de una alianza cultural provenzal-catalana. Y el panorama se complica aún más con una tercera corriente nacionalista a ultranza que también saca fuerzas del latinismo y que produce en Francia el chauvinismo de Barrès y Maurras y en España el tradicionalismo de Menéndez Pelayo o el anti-europeísmo tardío de Unamuno.

Los que creían en la superioridad de los pueblos nórdicos no eran solamente los germanos y los anglosajones, sino muchos latinos tam-

bién que se pasan, como si dijéramos, al campo contrario y vocean la que ellos creen irremediable decadencia del Mediodía (creo que en todo esto entra una concepción biologista de las culturas que proviene del darwinismo). Gabriel Alomar, por ejemplo, quiere salvar a Cataluña decidiendo que ésta es una región de población aria, lo cual explicaría su industrialización y su activismo, mientras que la inercia del resto de España se debería a una herencia «bereber o semita». No muy distinto es lo que piensa a este respecto Baroja, para quien lo «latino» está en franca decadencia, y merecidamente; él, Baroja, como vasco, escaparía a este destino por sus características étnicas centroeuropeas y la tardía romanización de su región nativa<sup>40</sup>. Tanto Alomar como Baroja acusan al Catolicismo de haber moldeado el carácter «dogmático y estacionario» de los latinos. Para el escritor catalán, en cambio, el protestantismo ha tenido la virtud de suscitar en los anglosajones el espíritu crítico y el individualismo, mientras que Baroja rechaza todo el Cristianismo, protestante o no, como una herencia semítica debilitante.

Uno de los libros más influyentes a fines del siglo pasado fue el de Edmond Demolins, *En quoi consiste la supériorité des Anglo-saxons* (1897), traducido al español por Santiago Alba (1899) y reeditado tres veces hasta 1904. De este libro proviene la creencia, aceptada luego por muchos españoles como Alomar, Altamira y los noventaiochistas, de que la enseñanza en los países latinos es rutinaria y pedante, basada en los libros y en la ley, mientras que los anglosajones preparaban a los niños «para la vida» y no simplemente para ocupar puestos burocráticos. Esta idea es fervorosamente acogida, al menos durante cierto tiempo, por Baroja, quien envía al protagonista de *La feria de los discretos* a una «public school» inglesa, de la cual vuelve endurecido contra las adversidades y hecho un maquiavélico sin escrúpulos. El mismo Azorín, tan admirador de todo lo francés, declara que la educación de liceo es oficinesca y enervante comparada con el valor fortalecedor de la personalidad que distingue a la inglesa<sup>40</sup>. Muchos otros españoles de esa generación parecen haber pensado lo mismo.

En este punto quisiera hacer un inciso sobre la muy comentada anglofilia de la Institución Libre de Enseñanza, que creo se ha exagerado grandemente. Aunque la admiración por el sistema educativo inglés fuese tan grande como se ha dicho en los mentores de la Ins-

---

40. Ver «Los ingleses en la obra de Pío Baroja», en J. Alberich, *Los ingleses, etc.*, págs. 121-42.

titución (Giner, Cossío, Jiménez Fraud) no creo que su semejanza con Oxbridge y las «public schools» fuese más que superficial. Esta semejanza era sobre todo una cuestión de formas, no de contenidos: una relación más íntima y personal entre profesor y alumno, fomento de los deportes, un sistema parecido al colegial, un gusto por los jardines y las tazas de té, pero muy poco más. Ninguno de los establecimientos de la Institución practicó el método pedagógico de la brutalidad reglamentada que se usaba en las «public schools», y si algún defecto grave tenía la Institución era un respeto supersticioso y beato por la cultura que distaba mucho del filisteísmo de la tradición inglesa. De acuerdo con el krausismo que le había dado origen y siguiendo el ejemplo de Ortega, los institucionistas pusieron sus ojos en Alemania como fuente de saberes. En lingüística, en psicología, en filosofía, los intelectuales españoles de la época se orientaron hacia la escuela de Marburgo, Wundt, la fenomenología de Husserl, el existencialismo de Martin Heidegger. Hasta Ramiro de Maeztu, durante su época de residencia en Inglaterra, se desplazaba a Alemania para completar su educación filosófica. En la Inglaterra de los comienzos del siglo XX la escena cultural era tan provinciana como en España y dependiente a su vez de las modas francesas y alemanas.

Pero no lo había sido siempre. La Inglaterra victoriana había producido pensadores de gran talla internacional como John Stuart Mill, Herbert Spencer y John Ruskin, los tres muy leídos en España. El americano William James también tuvo influjo sobre los escritores del fin de siglo. Contra este fondo de la polémica latino-germánica es interesante cómo destaca Thomas Carlyle, cuyo tratadito *On Heroes* se tradujo al castellano en 1892-93 y debió convertirse en lectura bastante divulgada entre los noventaiochistas, pues aparece citado con frecuencia por Azorín, Baroja, Maeztu y, por supuesto, Unamuno<sup>41</sup>. Salaverría «se las daba de pequeño Carlyle», según Pío Baroja. Y era natural que la idea del héroe carlyleano fuese acogida con entusiasmo por una generación que se hacía de la postración de España su primer problema, y que, diagnosticando la abulia como uno de los males básicos del país, buscaba desesperadamente un Mesías, un salvador.

En este contexto de la anglofilia noventaiochesca hay que situar la visión de Inglaterra que tienen algunos escritores como país nórdico, productor de unas formas de vida y de una literatura que resultan se-

---

41. Ver «Unamuno y Carlyle», en Carlos Clavería, *Temas de Unamuno* (Madrid 1953), págs. 9-58.

ductoras para el español precisamente por ser nórdicas, por tener cierto atractivo romántico, nebuloso, que ellos creen falta a la cultura latina. Se podría pensar que es una recurrencia del síndrome de Ossian. Tanto Baroja como Unamuno gustan de divagar e incluso teorizar sobre esta distinción entre lo nórdico y lo meridional<sup>42</sup>. La mente nórdica es más penetrante, más profunda, más matizada, más humorística, más sentimental, más imaginativa, en una palabra, más ricamente humana que la latina. «La gracia latina casi no es gracia», dice un personaje de Baroja, quien contrapone así a los dos hombres representativos de las dos culturas en pugna: «El latino, en general, tiende a la retórica y a la elocuencia, es exageradamente sociable y considera la burla y el humor como un insulto. El germano, y sobre todo el anglosajón, de una vida interior, y se burlan a veces de sí mismos y de sus preocupaciones con una carcajada pánica. De aquí nace el humorismo en la literatura y el clown en el circo». Unamuno también considera el humorismo, inexistente según él en los pueblos meridionales, la dimensión más valiosa de la literatura inglesa, y trata de inspirarse en ella como modelo de su razonar paradójico y contradictorio. Swift y Carlyle son sus admirados maestros. Tal vez estas teorías antropológico-culturales resultan hoy día poco convincentes –sus propios autores llegaron a desengañarse de ellas– y sin embargo no cabe duda de que fueron en su tiempo un estímulo intelectual, una fuerza viva que contribuyó a la creación de algunas páginas admirables, y que por tanto merecen ser tenidas en cuenta históricamente.

Salvador de Madariaga atribuye gran importancia a la marcha de Maeztu a Londres en 1905 como corresponsal de tres periódicos españoles. Según él, ello indica que París había dejado de ser el centro informativo y cultural del mundo, que de allí en adelante la prensa se interesaría también por el punto de vista de Londres, de Berlín y de Roma, es decir, que se rompería el monopolio francés y la dependencia cultural de España con respecto a Francia ya no sería total. Poco después, en 1907, marchó también a Londres Ramón Pérez de Ayala, quien empezó a informar a través del *Imparcial* sobre la actualidad literaria inglesa. Madariaga mismo sería un importante enlace entre la vida intelectual española y el mundo anglosajón. Estos tres escritores constituyen sin duda casos egregios de anglofilia, con resultados be-

---

42. Ver «El mito de lo nórdico y lo anglosajón en Baroja», en J. Alberich, *Los ingleses, etc.*, págs. 145-57 y, del mismo autor, «La literatura inglesa bajo tres símbolos unamunianos: el hombre, la niebla y el humor», en *La popularidad de Don Juan Tenorio*, págs. 13-24.

neficiosos para la vida cultural hispana, pero son también, como los emigrados de 1823, casos atípicos, a caballo entre dos lenguas y dos mundos, difícilmente representativos del país en que nacieron<sup>43</sup>.

Respecto a la influencia de las letras inglesas en los españoles de los primeros cuarenta años de este siglo, sabemos que existe, y que es una consecuencia de la explosión editorial a que nos hemos referido hace poco, pero es difícil trazarle líneas directrices o tendencias claramente distinguibles. El teatro simbolista de John Millington Synge influye en Lorca, mientras Cernuda descubre un concepto nuevo de la poesía en Yeats y Eliot. Algunos gustan del teatro de Bernard Shaw, o de la ciencia-ficción de H.G. Wells. Virginia Woolf y James Joyce se hacen apreciar por la generación de Dámaso Alonso, pero aun más, después de la guerra civil, por los jóvenes autores de la llamada «novela social». Lo mismo se puede decir de los americanos John Dos Passos, Ernest Hemingway y William Faulkner. La novela de este último, *Santuario* (1931) fue traducida antes de la guerra por Lino Novás Calvo, lo que le consiguió lectores asiduos entre esa generación (Suárez Carreño, José María Alfaro, Luis Rosales, Torrente Ballester) y una influencia casi cierta en el primer Cela del *Pascual Duarte*, así como la devoción de otros novelistas más jóvenes<sup>44</sup>. Y así sucesivamente. El tema de la influencia inglesa en las letras actuales se ha hecho de tal magnitud que requeriría un trabajo de equipo, y de equipo grande, pues es ahora, con una producción editorial elevada, un conocimiento del inglés mucho más extendido, y una coyuntura en la que España se sitúa como el segundo país del mundo en la publicación de traducciones, cuando realmente se puede hablar de un impacto considerable de las letras inglesas.

---

43. Ver Salvador de Madariaga, *Spain* (Londres 1930), págs. 145 y sigs.; Vicente Marrero, *Maeztu* (Madrid 1955), págs. 195-357 y R. Pérez de Ayala, *Tributo a Inglaterra*, Madrid 1963.

44. He aquí, un poco al azar, algunas orientaciones bibliográficas sobre este vasto tema: Susana C. Salas, «Synge y García Lorca», en *Revista Hispánica Moderna*, XXVII (1961), págs. 128-37; César A. Molina, «Las primeras traducciones españolas del *Ulises*», en *Insula* (1984), nº 447, págs. 1 y 14; A.M. Cohn, «The Spanish translation of *A Portrait of the Artist as a Young Man*», en *Révue de Littérature Comparée*, XXXVI (1963), págs. 405-09; J. García Lora, «Virginia Woolf y Azorín», en *Insula* (1957), nº 131, págs. 9 y 12; Bern Dietz, «Luis Cernuda, traductor de poesía inglesa y alemana»; en *Cuadernos Hispanoamericanos* (1979), nº 350, págs. 283-99; Octavio Paz, «La palabra edificante» (sobre Cernuda y los poetas ingleses), en *Papeles de Son Armadans* (oct. 1964), nº 103, págs. 41-82; María E. Bravo, «Los parientes faulknerianos de Pascual Duarte», en *Nueva Estafeta* (1982), nº 50, págs. 39-49.